

Algunos años pasaron.
 Ursula no abandonó un sólo día su método de vida sencillo, retirado y modesto, viviendo en medio de sus hijos, y rodeada de un círculo de amigos, reducido, pero muy escogido.
 Era la Condesa de Albon una mujer tan distinguida, que era imposible tratarla sin que inspirase el cariño y la admiración. Los encantos de su persona, así como los de su alma, eran de los que el tiempo no borra á pesar de todo su poder; porque la gracia y la nobleza de las maneras, así como la dulce expresión de una alma buena, son imborrables y hacen amable hasta la misma vejez.
 La Condesa no podía resolverse á traer á Julia á su lado, ya porque creía incompatible la presencia de aquella niña, con el respeto debido á la memoria de su marido, ya también por temor de exponerla al odio de sus demás hijos, que mirarian en ella una intrusa. Cada mes iba á ver á Julia acompañada de uno de sus hijos; pero en vano procuraba de esta

Algunos años pasaron.
 Ursula no abandonó un sólo día su método de vida sencillo, retirado y modesto, viviendo en medio de sus hijos, y rodeada de un círculo de amigos, reducido, pero muy escogido.
 Era la Condesa de Albon una mujer tan distinguida, que era imposible tratarla sin que inspirase el cariño y la admiración. Los encantos de su persona, así como los de su alma, eran de los que el tiempo no borra á pesar de todo su poder; porque la gracia y la nobleza de las maneras, así como la dulce expresión de una alma buena, son imborrables y hacen amable hasta la misma vejez.
 La Condesa no podía resolverse á traer á Julia á su lado, ya porque creía incompatible la presencia de aquella niña, con el respeto debido á la memoria de su marido, ya también por temor de exponerla al odio de sus demás hijos, que mirarian en ella una intrusa. Cada mes iba á ver á Julia acompañada de uno de sus hijos; pero en vano procuraba de esta

manera acortar poco á poco la distancia que separaba á Julia de sus hermanos, los hijos del Conde, aún sabiendo que era ésta una pobre huérfana y una extraña para su madre, demostraban á la hija de Hugo una antipatía instintiva y una frialdad hiriente.

A los diez y nueve años, y cuando Julia ya contaba diez, se casó Antonieta con un hombre á quien amaba y de quien era amada tiernamente; el novio pertenecía á una familia distinguida; pero contaba con muy modesta fortuna; no obstante, Antonieta era una de esas mujeres que constituyen por sí solas una gran riqueza; hermosa, inteligente, activa, económica, laboriosa, ofrecía el modelo de las jóvenes, y debía ser también el de las esposas; la Condesa había llegado aún á tiempo para imprimir su sello en el carácter y en el alma tierna de su hija mayor; y Antonieta, que creciendo lejos de su madre, hubiera sido una mujer comun, al lado de Ursula llegó á ser una mujer notable, honrada y verdaderamente angelical.

No sirvió lo mismo la compañía de su madre, á Carolina; aquella helada naturaleza, aquella alma árida no podía recibir sello ninguno, pues estaba formada de un conjunto desolador de egoísmo y de envidia; nunca había sentido la necesidad de orar; nunca se humedecían sus ojos, ni al leer una de esas páginas que conmueven el corazón cuando éste es recto, ni al oír narrar una acción generosa, ni al ver en

el teatro una situación patética y tierna; no sintiendo, carecía de entusiasmo, y sólo encerraba en su pensamiento el cálculo egoísta de la mujer sin corazón y la codicia de las naturalezas rastreras y vulgares.

Quando volvió Ursula de acompañar á su hija mayor á la casa conyugal, se sintió más sola que si habitase en medio de un desierto; su aislamiento la helaba; sus dos hijos mayores habían partido hacia largo tiempo, el uno como guardia marina, y el otro agregado á la legación de Rusia; quedaban á su lado Carolina y sus dos hijos menores, el uno sombrío y concentrado, que empezaba la carrera eclesiástica, y el otro brusco y calavera, que había optado por la del foro.

¿Quién podrá pintar el martirio que experimenta una mujer, dotada de las nobles cualidades de la Condesa de Albon, en perpétuo contacto con un sér como Carolina? Ni los lazos mismos de la sangre pueden llenar el insondable abismo que los separa; Ursula era madre, y amaba á su hija con ese cariño profundo, inseparable del carácter de tal; pero si su corazón disculpaba sin cesar los sinsabores que Carolina le causaba, su razón le hacía ver la funesta parte que había cabido á aquella jóven en el reparto de buenas y malas cualidades; era imposible toda expansión entre aquellos dos séres. Carolina trataba la ensibilidad de su madre, de necedad; su dulzura,

de fingimiento; su entusiasmo, de locura; á la vez, envidiaba sus gracias y el atractivo irresistible que Ursula ejercia sobre cuantos la trataban; no sintiéndose amada por nadie, Carolina acusaba á su madre de arrebatarle todas las simpatías, y era que no conocia que para ser amada, es preciso ser amable, y que la sequedad de corazón y la frialdad del alma se comunican á todos, y levantan al derredor de esos desgraciados seres una muralla de hielo.

En vano trató Ursula de salvar la distancia que la separaba de su hija. Carolina no la entendia. Con Antonieta, pasaba la Condesa muchas horas en una dulce conversacion; con Carolina, era imposible cambiar más de dos ó tres palabras; con Antonieta, daba largos paseos y tenia amenas lecturas; hasta el silencio parecia elocuente entre las dos; al lado de Carolina, se sentia helada, yerta, y su alma se replegaba como las hojas de una sensitiva.

Poco á poco, y sin saber cómo, la madre y la hija se hallaron casi completamente separadas. Carolina no salia de su cuarto, y la Condesa permanecia en el suyo; reunia á la familia á la hora de la comida, y entonces la Condesa procuraba entablar alguna conversacion en la que tomasen parte todos sus hijos. Carolina respondia apénas al llamamiento maternal; hablar con ella de literatura, de historia, de artes, de sentimiento, era hablar en griego; sus hermanos, que á pesar de la diferencia de carácter

amaban á la Condesa y respetaban en ella su esquisita y delicada dignidad, contestaban y mantenian la conversacion hasta el fin de la comida, si no con calor y entusiasmo, con inteligencia y con cierta amenidad.

El Conde de Albon tenia una sobrina, llamada Amelia, de la cual oimos hablar á Antonieta al mencionar una caja de dulces que le habia regalado, y que ella cedió á Julia el dia de su cumpleaños; aquella jóven estaba dotada de una rara belleza y amaba casi filialmente á la Condesa, que á su vez la queria de todo corazón, ya por su natural inclinacion á amar, ya tambien porque la sobrina de su esposo lo merecia por sus hermosas cualidades.

Amelia se habia casado hacia cuatro años con Mr. de Vichy-Chamroud, hijo de una noble familia de Borgoña, y seguia con su tia una correspondencia amena y activa; la Condesa dejaba ver en sus cartas la melancolía que la aquejaba, y se lamentaba con Amelia de hallarse á su edad destituida de todo afecto, y, por decirlo así, sola en el mundo en medio de sus hijos.

«Tia mia, le respondió Amelia, yo he hallado un remedio muy fácil y muy seguro para esa soledad moral que os rodea; lleváos á Julia á vuestro lado; yo, aunque sé por vos el triste secreto de su nacimiento, le he hecho creer alguna vez que le he escrito, que todo os lo debe y que, huérfana y sola en

él mundo, á no ser por vos, hubiera muerto, ó á lo ménos, hubiera vivido en la oscuridad de la aldea donde la han criado; llamadla, pues, á vuestra casa, y dejad ya una delicadeza que nadie puede agradecer, porque nadie la comprende. Julia será para vos á la vez una hija y una amiga. Julia os amaré, os comprenderá y será, en vuestro aislamiento, una dulce y grata compañía.»

La Condesa comprendió que su sobrina tenia razon, y dos dias despues de haber recibido la carta de ésta, salió para volver con Julia, que aún seguia en casa de la buena familia Lespinasse, donde hacia la vida más apacible y más tranquila, habiendo cumplido los catorce años de su edad, casi sin percibirse de ello.

El hijo único de Lespinasse se habia casado ya, y Julia era el consuelo y la alegría del anciano matrimonio, que habia llegado á mirarla como á su verdadera hija.

La educacion de aquella niña no podia ser más brillante; sabia la música con perfeccion, dibujaba admirablemente, y poseia el inglés y el italiano, que hablaba y traducia con gran pureza y esquisita gracia de diction.

Julia habia demostrado una comprension tan rápida, una constancia tan poco comun para el estudio, una imaginacion tan viva, tan poética y tan florida, que la más pequeña semilla que se dejase caer en

aquella tierra virgen y llena de fertilidad, producia flores para dar despues ricos y sabrosos frutos.

Su parte fisica estaba tan desarrollada como la intelectual; era alta, aunque delgada; pero aquella delgadez distaba mucho de la flacura y no le prestaba un aspecto escuálido, sino que completaba una figura delicada y llena de distincion y de gracia.

Sus ojos pardos, grandes y rasgados, eran negros algunas veces, segun á la luz que se les mirase, y segun tambien el pensamiento que dominase en ella; aquellos ojos coronados de dos cejas finas y sedosas, eran magníficos y dejaban ver toda el alma de la jóven como un límpido espejo; ora se fijaran con una ternura elocuente y llena de promesas, ora pintasen el placer, el dolor, la indignacion ó la alegría, los ojos de Julia eran siempre hermosos y expresivos.

Su tez, lijeramente morena, era un poco sonrosada; sus cabellos oscuros prometian, para dentro de pocos años, el negro del azabache; su boca era pequeña, seria y á la vez dulcemente expresiva; la nariz presentaba una forma linda y delicada; la frente sin ser ancha, era abovedada y noble, y aparecia como acariciada por las ondas naturales de su copioso cabello.

Un traje sencillo, pero esmerado, hacia resaltar aún las gracias de Julia, que sólo tenia un defecto y una desgracia; era orgullosa, y á la vez en extremo

melancólica, acaso por una consecuencia natural de su mismo orgullo.

¡Felices las personas que, careciendo absolutamente de amor propio, por nada se ofenden, y miran la vida por su lado más alegre!

¡Desgraciadas las que, como Julia, son esclavas de su activo pensamiento, y se hieren en todas las pruebas de la vida!

Julia recibió con tristeza la noticia de tener que dejar al anciano matrimonio, en cuya casa había hallado tanto cariño y ternura; sin embargo, la dulce imagen de la Condesa, que conservaba en el fondo de su alma desde que se hallaba en la cuna, se convirtió para ella de repente en una grata realidad, y, al saber que ya no se alejaría de ella, la abrazó con tierna efusión.

Muy cruel fué para los esposos Lespinasse la separación de su querida niña, como llamaban á Julia; la señora Brígida lloraba, y el señor Cláudio, á despecho de sus esfuerzos, sentía también llenos de lágrimas sus ojos; uno y otro la abrazaron tiernamente muchas veces, y la Condesa, después de hacerles prometer que irían á ver á Julia á París, y de expresarles su gratitud con aquella delicadeza que daba tanto valor á sus palabras, subió con su hija á la silla de posta, que debía conducir las á la gran capital, donde Julia iba á entrar por la primera vez.

Por las venas de Ursula, parecía correr una nue-

va vida; contaba ya cerca de cuarenta y dos años, y el dolor y la soledad de su existencia le hacían aparentar algunos más; pero en aquella hermosa mañana de invierno bañada de sol y de alegría, en que se llevaba á Julia á París, parecía haber andado hácia atrás en la senda de la vida.

Las profundas arrugas de su frente habían desaparecido; una grata y casi alegre sonrisa entreabría sus labios. ¡Ya no estaba sola! ¡Ya tenía á Julia, á su Julia, á su única hija después de Antonieta, pues aunque tenía otros hijos, éstos sólo se los había dado la naturaleza, en tanto que sus queridas Antonieta y Julia lo eran también por todas las simpatías de su alma.

Pero, ¿quién podrá describir el airado recibimiento que hicieron á la pobre Julia, Carolina y sus dos hermanos?

La aversión, la envidia, el desprecio y el rencor se pintaron en las facciones de Carolina, que midió á su hermana de arriba á abajo con una ojeada sangrienta, al presentársela su madre como la huérfana de cuya suerte estaba encargada hacia muchos años.

—Si me hubiérais dicho, señora, que iba á vivir con nosotros esta señorita, observó Carolina con un acento que en vano procuraba hacer tranquilo, hubiera dejado yo esta casa para irme á vivir á la de mi hermana.

—¿Acaso debo yo pedir permiso á mis hijos para hacer lo que tenga por conveniente? preguntó la Condesa con doloroso asombro.

—No digo tal, respondió la irascible Carolina; pero á lo ménos debíais dar alguna noticia de vuestras intenciones, cuando éstas pueden perjudicar á vuestros hijos; la presencia de esta desgraciada señorita nos contraría desde luego mucho á mis hermanos y á mí.

Los hijos de la Condesa no apoyaron ostensiblemente las palabras de su hermana; el uno silbaba una cancion de moda cerca de la ventana y mirando á la calle, para ahorrarse el trabajo de dar á conocer su opinion; el otro miraba á Julia con una insistencia que ya habia hecho asomar el rubor á las mejillas de la jóven.

La Condesa sorprendió aquella mirada, y tembló, más por la expresion que encerraba, que por la cólera que manifestaba Carolina.

Era la mirada de un libertino.

—Yo, señorita, no os molestaré para nada, dijo Julia dulcemente, en tanto que una lágrima humedecía sus hermosos ojos; estoy tan agradecida á la señora Condesa, que cuanto la pertenece es sagrado para mí, y tendré el mayor cuidado en no disgustaros: sólo dejaré mi cuarto cuando vuestra señora madre me lo ordene.

Una risa despreciativa fué toda la contestacion

de Carolina, á tan dulces palabras; la envidia no perdona ni la bondad, ni la suave moderacion del carácter, y á la vez que se ofende de todas las superioridades, no sabe, ni podria adquirir ninguna; como veneno corrosivo, la envidia deseca á la vez el cuerpo y el alma, convierte la sangre en ponzoña, y desgasta á la par los buenos instintos y la sávia de la vida.

Carolina, que de niña era bonita, llevaba impresa en toda su figura desde que empezó á tener uso de razon, el sello de la terrible enfermedad moral que la aquejaba; su color era amarillento y bilioso; su mirada, torva siempre y ladeada, daba frio en el corazon; la envidia la devoraba, y su aspecto encogido y sombrío, hacia el más perfecto contraste con la dulce y expresiva belleza de la hermosa Julia y con la mirada leal y límpida de sus grandes y rasgados ojos.

Más linda era Carolina que Julia; pero los malos instintos, cuando se estampan en el semblante, destruyen la más acabada hermosura, por extraordinaria que ésta sea, al paso que un alma noble y pura envia á las facciones un reflejo sublime, superior á la belleza.

Desde el dia en que la desgraciada Julia entró en la casa maternal, fué víctima de las iras de su envidiosa hermana, que la odiaba por instinto y sin saber que lo era.

En vano la señorita Lespinasse, obedeciendo á los deseos de la Condesa, puso á disposicion de Carolina todos sus conocimientos y habilidades; aquella rehusó, con tanta constancia como obstinacion, el aprovecharse de la instruccion que se la ofrecia, y Ursula fué más desgraciada de lo que habia sido hasta entónces.

A la vez que Carolina odiaba á Julia, demostrándolo de una manera harto clara, sus hermanos hicieron de aquella pobre niña el blanco de un cariño demasiado tierno y muy culpable. Horacio, que era el mayor, y cuyas pasiones eran más vehementes de lo que su habitual indiferencia demostraba, se dedicó á complacer á Julia, con un ardor extraordinario, y muy poco en armonía, por cierto, con la frialdad y casi dureza que en los primeros dias le habia manifestado.

La pobre niña vió llena de terror aquella adhesion sombría, aquella persistencia en seguirla, aquellas miradas que no la abandonaban jamás; asustada á la vista de unos síntomas que no podian ocultarse á su perspicacia, huia de Horacio, y no salia de su estancia hasta que oia salir de la suya á la Condesa; mas era en vano; á la puerta de su cuarto, Horacio la acechaba constantemente, y no podia salir y entrar sin que él la viese.

Si aquel afecto hubiera tenido á lo ménos la noble apariencia de un cariño que apoyaba su base en

el corazon, acaso Julia hubiera correspondido á él, y, como la hermana de René, se hubiera hecho culpable sin saberlo; pero el fuego de los sentidos tiene siempre algo de odioso y repugnante para las almas más nobles y bien templadas.